

Discurso del Presidente de la República en Inauguración 42° Asamblea del BID

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, RICARDO LAGOS, EN LA SESIÓN INAUGURAL DE LA 42° REUNIÓN DE GOBERNADORES DEL BID

Santiago, 19 de marzo de 2001

A nombre de la República de Chile, quiero darles la más cordial bienvenida a nuestros amigos, gobernadores, invitados y funcionarios del BID. Nos alegra tenerlos en nuestra casa.

Chile, como se ha recordado, tiene gratitud por esta obra, cuyo primer presidente fuera un chileno insigne, Felipe Herrera, el hombre que con su audacia y su capacidad de seducción logró crear un Banco atípico en diversos sentidos y que, para muchos, era un banco irrealizable.

Se escribió por allí ¿cómo va a ser un banco eficiente si va a estar manejado por los deudores? ¿Cómo va a ser un banco eficiente si, en definitiva, la mayoría de los que integran su junta directiva son latinoamericanos que van a tener participación mayoritaria en su capital?

Sin embargo, en ese mundo que estaba en aquel entonces sumido en la Guerra Fría, fue posible demostrar por nosotros, latinoamericanos, que esos temores eran infundados, y aquí estamos en presencia de un Banco Interamericano pujante, poderoso, creativo.

Es cierto, se apartó de modelos existentes, promoviendo asistencia técnica, programas de capacitación, proyectos destinados al fortalecimiento de la educación superior, ciencia y tecnología.

Cuando se dijo que éste era un banco de integración, muchos se miraron sorprendidos de qué se estaba hablando. El Banco hasta el día de hoy mantiene esa característica, y es lo que nos permite ahora plantear nuevos temas, con la misma imaginación y audacia con que se hizo por los fundadores.

Por otra parte, la región, América Latina y El Caribe, es un dato, pero también una aspiración:

- Es una geografía, con un sueño de caminos y enlaces.
- Es una cercanía, con ambición de comunidad e integración.
- Es un pasado, con tentación de ser futuro.
- Es una diversidad que nos asombra por su riqueza.
- Es una esperanza que busca la libertad, así como sabemos que la noche busca que mañana llegue el día.

Y el desarrollo, por su parte, es un proceso en que, como muy bien lo ha dicho aquí nuestro amigo el Presidente de Uruguay, las reglas de ayer no son las reglas de hoy. Lo único que sabemos es que mañana, seguro, el mañana también nos va a sorprender.

El BID, este Banco Interamericano, empezó su misión en el umbral de los años sesenta que, a veces más que otra época, parece otro mundo: el mundo de las economías cerradas -originalmente desde afuera, desde el lado de la economía internacional- cuando se produce la Gran Depresión de los 30 y nos cambió las reglas, y vimos a gobiernos de todas las tendencias dando aliento a la necesaria sustitución de importaciones.

Es cierto, después hicimos de la necesidad una virtud; pese a que siempre hubo voces que nos previnieron contra el cierre exagerado.

La integración ¿cómo la veíamos en el 60?

- Como la unión de nuestras debilidades.
- Una rebaja de aranceles entre nosotros.
- Y la posibilidad de complementar nuestras economías al interior, pero con una gran muralla al exterior. No nos planteábamos la posibilidad de competir en el mundo.

La muralla era la de una economía internacional todavía muy desestructurada y también, recordemos, la muralla de la división del mundo en torno a una Guerra Fría. Guerra que, es cierto, era Fría, pero que incendió a varios de nuestros países varias veces.

Sin embargo, a partir del setenta y el ochenta, el cambio comienza en el mundo, después de la crisis del dólar en el 70 y la crisis del petróleo, la primera.

Se aceleraba la transnacionalización de grandes empresas. El capital financiero galopaba sobre las nuevas tecnologías de la comunicación. Ambos pasaban por sobre nuestros muros, los que habíamos intentado construir, y de paso, por cierto, terminaron con botar el Muro de Berlín.

Y en nuestra región, América Latina, fuimos capaces de avanzar también para abrir avenidas de mayor libertad, de mayor democracia, después de una larga noche de gobiernos autoritarios. Es una América Latina nueva y distinta.

Hoy vivimos, tal vez, lo que se ha dado en llamar el proceso de globalización, como lo definía el Presidente Batlle.

Podemos discutir su definición pero, galgos o podencos, la globalización está ahí para quedarse.

El mundo cambió, y al mirar la realidad a ojo desnudo nos encontramos con reglas del juego que había que volver a aprender, distintas de las que nos enseñaron antes.

Las condiciones, es cierto, de salida de la crisis de la deuda, contribuyeron a hacer más homogéneas nuestras políticas económicas como nunca antes en la historia de las políticas económicas de América Latina. Habíamos vuelto al escenario de la economía internacional, en otras condiciones, el tiempo del llamado "consenso de Washington", en que estaba claro lo que teníamos que hacer.

Es cierto, en algunos países esta globalización y acercarnos a estas nuevas modalidades se hizo con un sistema democrático, los costos sociales tal vez fueron menores. Acá los hicimos a mitad en un gobierno autoritario, a mitad en un gobierno democrático. Los costos sociales en un proceso autoritario, son más difíciles.

La democracia intenta asegurar más equidad - no siempre se consigue -, pero cuando no hay democracia una cosa está segura: los costos se reparten siempre de un modo injusto. Los ganadores y perdedores se saben de antemano. En democracia hay posibilidad, al menos, de poder reparar aquello.

Y en nuestras democracias, llegamos hoy con la sensación, pese a haber hecho bien las tareas, que el crecimiento estable sigue esquivo y la equidad es más una búsqueda que una certidumbre. La pobreza sigue entre nosotros, agresiva y cruel, creando injusticias cada día.

Sabemos las tareas que tenemos que hacer, y las hemos hecho. Aquí hoy tenemos un crecimiento de 5 a 5,5%; tenemos una inflación que este año será de un 3%; tenemos un nivel de apertura del orden, de aquí a tres años, de un 6% en nuestros aranceles, con algunas excepciones, me adelanto a decir, para que no me lo cobre en la próxima reunión Jorge Batlle, pero sí también hemos sido capaces, junto con lo anterior, de avanzar en otros ámbitos: queremos aumentar nuestra apertura en el mercado de capitales. Hemos sido capaces de generar espacio suficiente para la autonomía de nuestras políticas monetarias. En buena hora. Y hoy hemos escuchado aquí un planteamiento de coraje sobre las tareas a realizar por parte del Presidente De la Rúa.

Y aquí él ha planteado con nitidez el compromiso de su gobierno sobre buena parte de estos grandes temas que son el punto de partida para comenzar a construir. Y uno no puede menos que aplaudir el coraje, la fuerza de la decisión que hay detrás, y el apoyo que todos le debemos dar, porque la suerte de Argentina es la suerte de cada uno de nuestros países. Buena suerte, Presidente, por la decisión que hoy ha tomado.

Pero también, digámoslo, tenemos una realidad distinta a la de una década atrás. Difícilmente vamos a tener la abundancia de ahorro externo que inundaba nuestras economías y que permitía financiar déficits compatibles con un crecimiento estable.

Nuestras condiciones son diferentes. Tendremos que volver a aprender a crecer con menos ahorro externo, ser más productivos y más eficientes. Los tres desafíos a que nos llamó Enrique Iglesias, es la tarea.

Pero, claro, cuando se es más eficiente, cuando con menor número de trabajadores producimos más, hemos aumentado la productividad, en buena hora, pero generamos también las condiciones para un problema de desempleo, que no es menor.

Es esto lo que nos obliga, entonces, a tener claridad, y lo quiero decir aquí con mucha nitidez: el mundo de hoy nos obliga a tener los pies, y los pies bien puestos, en dos mundos. Por una parte, hemos profundizado nuestra participación en la economía mundial, y éste es un viaje en el cual sólo cabe avanzar. No hay punto de retroceso. Pero, por otra parte, somos América Latina, aquí están nuestras raíces, nuestros vecinos, nuestros hermanos, nuestra cultura, nuestra historia, nuestro futuro.

Por eso, entonces, hacemos esfuerzos por integrarnos en estas nuevas condiciones. Por eso, entonces, a partir de una realidad como es Mercosur, tiene razón Fernando de la Rúa cuando dice "ahí comienza la integración entre nosotros". Ese es un pie para atrevernos a colocar el otro pie en el mundo global en el cual queremos participar.

Digo que nos ha tocado tener el pie en dos mundos, porque se nos abren posibilidades impensadas en la economía internacional y, al mismo tiempo, tenemos todavía deficiencias en la distribución de nuestro ingreso; nuestras instituciones relacionadas con la economía internacional son más modernas que las instituciones que hemos desarrollado del punto de vista del desarrollo social.

Si nos vamos a integrar en ese mundo de comercio mundial, también en algún momento nos van a preguntar por nuestra legislación social, laboral y medioambiental. Y creo que nosotros tenemos que tener nitidez respecto de estos temas, porque las normas las queremos poner nosotros, y no los otros. ¿Pero que ese tema va a salir?, sí, señor, va a salir.

Y, por lo tanto, así como tenemos que tener seriedad y sabemos las normas de lo que tenemos que hacer desde el punto de vista de lo que son nuestras condicionantes de política económica, seriedad fiscal, presupuesto balanceado, inflación baja, aranceles bajos para ser competitivos en el mundo, así también tenemos que ser capaces de tener y crecer con una red de protección social a nuestra gente, y que no se diga, porque hay una red de protección social a nuestra gente, que estamos simplemente perdiendo condiciones de competitividad.

No hay incompatibilidad entre pertenecer y participar en ese mundo del desarrollo, con lo que tenemos que hacer aquí en casa.

No somos serios si competimos y tenemos economías con altos niveles de evasión tributaria. Digámoslo así: porque los otros pagan los 3.500 millones de subsidio a la agricultura, entre otras cosas, están muy lejos de los niveles que nosotros tenemos en este contexto.

Queremos ser, entonces, países serios, que así como sabemos las tareas económicas que hay que hacer, tenemos tareas sociales todavía pendientes que hay que abordar de común acuerdo entre todos.

Y junto con eso, creo que tenemos que ser capaces también, entre nosotros, de integrarnos de una manera más real. E integrarnos entre nosotros no es integración sólo de aranceles, un tema en el cual la dirección está fijada para todos. También tenemos que integrarnos entre nosotros, en geografía, y de ahí la integración en infraestructura; en política, y ahí la convergencia de la necesidad de tener políticas comunes frente a un conjunto de temas; la necesidad de tener objetivos comunes en este ámbito, es lo que hace de nuestro proceso de integración, con nuestro pie en la región, un elemento central también para poder tener capacidad de enfrentar el desafío que viene.

Creo, entonces, que es bueno que entendamos que esta situación, de tener como latinoamericanos, un pie en dos mundos, es parte de la esencia de América Latina. La pertenencia de los latinoamericanos en esta ambigüedad ha existido siempre.

Tenemos dos tareas simultáneas y complementarias: debemos integrarnos al mundo que viaja a la globalización, y tenemos que hacerlo con una plataforma común, que la definamos entre nosotros.

Seamos claros: la agenda comercial, bien entendida, está convergiendo con una agenda más amplia del desarrollo. No vamos a elegir autarquía sin desarrollo, y tampoco vamos a elegir desarrollo sin integración. Creo que eso es lo fundamental que tenemos que abordar aquí.

No nos vamos a dividir por el nivel de los aranceles, porque todos sabemos a dónde van a llegar los aranceles. Hagamos sí, los trabajos que tenemos que hacer, que son mucho más amplios y que se refieren, en definitiva, a crecer con igualdad de oportunidades para todos, porque esa es la medida ética de nuestro tiempo.

Y es aquí donde tenemos que ser capaces de participar en este nuevo mundo, a la altura de los desafíos que tenemos. Cómo tenemos exigencias para participar con beneficio en la economía internacional, y esto tiene un tremendo contenido ético.

No pedimos que el viaje se detenga, pero luchamos por viajar mejor, porque no queremos que el viaje de América Latina, como dijera Eduardo Galeano, tenga más naufragos que sobrevivientes. Queremos un viaje donde todos sobreviven en mejores condiciones.

Cada década, cada año, cada día, es un desafío distinto. Hoy día tenemos, y nos lo recordaba el presidente Iglesias, el desafío de una brecha digital que si no tomamos medidas será cada vez más amplia, y eso ustedes lo saben mejor.

Es aquí, entonces, donde me parece, amigos y amigas, el papel de este Banco Interamericano de Desarrollo, donde hoy como ayer su rol es animar el proceso que vive esta región, es el de la integración entre nosotros, y simultáneamente, el de la integración en la economía internacional.

El BID es más que un banco. Es una idea, un sentimiento. Y tiene, a su vez, el BID un tremendo desafío institucional, que consiste en apoyar proyectos innovadores de desarrollo y en ser un foro confiable para manejar complejos aspectos de integración regional. Así sea las nuevas redes de información tecnológica, la infraestructura en el ámbito de un proceso de integración, o la forma de entender cómo tenemos una plataforma común para enfrentar lo que va a ser el mundo global hacia el cual vamos.

Es cierto, ese mundo hacia el cual vamos tiene las normas y reglas que aquí se han dicho con tanta claridad. Intentar modificarlas requiere una profunda fuerza y convergencia entre nosotros.

Ese es tal vez el compromiso fundamental que debe ser mantenido y que, en definitiva, este Banco es también una comunidad ética. Y este sentido ético tiene dos dimensiones: una, a través de la prestación de servicios que ha hecho en estos casi 50 años, y otro, en los valores esenciales, buscados por aquellos que fundaron el BID, y que siguen vigentes hoy en un mundo distinto. Cómo compatibilizamos los valores de esa época en lo que son las tareas concretas del aquí y el ahora.

Por eso creo que esta 42ª Asamblea de Gobernadores tiene lugar en un momento crucial, y no me cabe ninguna duda que ustedes nos podrán dar nuevas luces para llegar con renovados bríos, más certezas y menos perplejidades en la próxima reunión.

Muchas gracias y mucho éxito en sus deliberaciones.